

Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— LXVI —

CORNELIO HISPANO. (Seudónimo de ISMAEL LOPEZ. 1882-1962).

De París al Amazonas—Las fieras del Putumayo. 12 x 17 ctms. 327 págs.—Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas. Librería Paul Ollendorff. 50, Chaussée d'Antin, 50. París, s/f. (¿1913?).

Ismael López, que inmortalizó en los países de habla castellana el seudónimo de *Cornelio Hispano*, nació en Buga, Valle del Cauca, el 1º de noviembre de 1882, y murió en Bogotá, en 1962, a tiempo que desempeñaba el Consulado General de Grecia en Colombia.

En sus *Recuerdos de Víctor Londoño*, el propio Hispano, al rememorar las costumbres y características de la capital de Colombia entre 1897 y 1906, cuenta que ocho días después de salir a caballo de Buga, llegó a estudiar a Bogotá el domingo 25 de enero de 1897, precisamente en el carro del ferrocarril de la sabana en que fue groseramente abofeteado, sin razón, por un señor Morales, el barón de la Barre de Flandes, Ministro Plenipotenciario de España, cuya muy distinguida fisonomía atrajo atención desde que lo vio subir al tren... “Esa desagradable impresión —añade— desvaneció un poco la grata al desmontarme en Serrezuela, y fue el encuentro de dos lindas muchachas con las mejillas sonrosadas... y fueron para mis diez y seis años la primera sonrisa primaveral de Bogotá...”.

Relata —esos *Recuerdos* son una memoria autobiográfica— que antes había sido alumno interno en la Universidad del Cauca, y el más asiduo lector de su biblioteca, en donde escribió sus primeros versos, solo conocidos entonces por su amigo de toda la vida, Ricardo Nieto. Y confiesa que conocía solo de nombre a don Miguel Antonio Caro y a don Marco Fidel Suárez, de quienes narra dramáticas actividades políticas, y de los cuales acaba por ser discípulo, amigo y admirador.

“Asiduo lector, como había nacido en la Biblioteca de la Universidad de Popayán —continúa narrando Hispano— seguí siéndolo en la nacional de Bogotá. La mayor y más constante pasión de mi vida fue siempre la lectura; de ella emanaron las demás, por sobre todas el culto de la belleza en todas sus manifestaciones...”.

El 20 de noviembre de 1905 obtuvo Ismael López su grado de doctor en Derecho y Ciencias Políticas, en la Universidad Nacional, con una magnífica tesis sobre el *Régimen internacional de los ríos navegables*. “Fue una tarde de incesante lluvia —recuerda Hispano—. Don Miguel A. Caro mi examinador, llegó casi a tiempo con Londoño, los paraguas chorreando agua. Caro fue el primero, al terminar la ceremonia, en levantarse y tenderme la mano con una sonrisa que era un precioso premio para mí, y Víctor Londoño, el primero en abrazarme...”.

Entre 1902 y 1911 desempeñó el cargo de jefe de la sección de archivos diplomáticos en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, más tarde el Consulado en Caracas y en Iquitos, y luego, de 1924 a 1925, el empleo de consejero de la Legación Colombiana en Madrid, etc.

Por esta misma época, Hispano realizó un nuevo viaje por Europa, hasta Grecia y el Mediterráneo oriental. Como fruto de ese viaje escribió su hermoso libro *En el país de los dioses*, editado por Cromos, de Bogotá, en 1927. Otros libros suyos son:

El jardín de las Hespérides. Bogotá, 1910.

Leyenda de oro. Caracas, 1911.

Elegías caucanas. París, 1912.

Diario de Bucaramanga. París, 1912.

Colombia en la guerra de la independencia. Bogotá, 1914.

Bolívar y la posteridad. Bogotá, 1922.

Historia secreta de Bolívar. París, 1924.

Libro de oro de Bolívar. París, 1924.

En el Valle del Cauca. Bogotá, 1921.

Cesarismo teocrático, San José, C. R., 1922.

Páginas escogidas de Renán, precedidas de un Elogio de Renán, y Crónicas de Bretaña, S. José, C. R., 1918-1925.

En el país de los dioses. Bogotá, 1927.

Los cantores de Bolívar. Bogotá, 1930.

El joven llorado. Bogotá, 1936.

Obra literaria de Víctor M. Londoño. Bogotá, 1927.

Kerylos. Laudes de la belleza y del amor. Bogotá, 1948.

Algunos de sus libros, especialmente los dedicados al Libertador, originaron controversias. Se recuerdan de modo particular las polémicas que en Venezuela promovió la publicación del *Diario de Bucaramanga*, de Perú de La Croix. Y los acervos artículos de José Dolores Monsalve, contra Hispano, publicados en varios números del tomo XVI del *Boletín de Historia y Antigüedades*, de Bogotá, en 1927. Sin contar los escritos en que Rafael Bernal Jiménez puso en entredicho la originalidad de Hispano en alguna de sus obras poéticas.

Sea de eso lo que fuere, ello es que Hispano descuella, entre los escritores de su tiempo, por su amenidad y por el singular encanto con que desarrolla los temas de su predilección. Educado bajo el signo del humanismo greco-latino, sus libros esplenden por la claridad con que están escritos. Además, este hombre, gran soñador y poeta, tenía ese don de embellecer cuanto su pluma tocaba, lo que no es poca fortuna, por cierto, en quien a diario se sirve de ella. Y de estas calidades no está exento el libro que estamos comentando.

Diez capítulos de él dedica Hispano a narrar sus impresiones de París. Nueve, a describir su viaje y rememorar sus impresiones en el Amazonas. Y tres al problema de derecho internacional público relativo a la libre navegación del Amazonas.

Bajo el rubro *Amazonia colombiana* diserta luego el autor a propósito del secular litigio limítrofe colombo-peruano, que a la fecha de la aparición del libro no había sido aún definitivamente solucionado, y consagra a ese tema once capítulos, en los que estudia la Real cédula de 1802, la teoría del *uti possidetis juris* de 1810, el tratado de paz colombo-peruano de 1829, y el de 1851 entre Brasil y Perú, la diplomacia peruana, la convención tripartita y los diversos *modus vivendi*, hartamente infortunados por cierto, que a propósito del problema limítrofe suscribió Colombia con el Perú.

Un tema apasionante expone luego el autor, en trece capítulos, con el título de *Las fieras del Putumayo*. Tras una magistral descripción de las regiones colombianas de Caquetá y Putumayo, colonizadas en su mayor parte por exploradores pastusos y de otras comarcas de Colombia, se refiere Hispano a la tenebrosa compañía de Julio Arana y a las denuncias que de sus criminosas actividades formularon periodistas y autoridades del propio Perú: Saldaña Roca, el doctor Calvero, el juez Paredes, el capitán Moya del Barco, el juez Valcárcel, el propio Presidente de la República doctor Billingham. Y del extranjero, como el informe de sir Roger Casement. Todo lo cual, parece, fue contrarrestado por el oro de Julio Arana, o por el hierro y el fuego, cuando no había otro medio, como aconteció con el explorador francés Rabuchon.

Termina este libro con un amplio capítulo dedicado a la fundación, desarrollo y comercio de Iquitos, y al cultivo del caucho.

Pocos escritores colombianos tan aptos como Hispano para sentir la emoción de los viajes y para saber transmitirla a los lectores. En ello es un verdadero artista. Su libro está tachonado de pasajes plenos de encanto, como estos, tomados al azar:

“El mar cantábrico, en esta tarde de invierno, pesada y yerta, bajo un cielo de estaño, parece envuelto en un real manto turquí, franjeado de radiantes encajes de plata. Atrás quedan las islas afortunadas y el jardín de las manzanas de oro, y más atrás aún, allá sobre el trópico espléndido, el patrio suelo, coronado de palmeras, donde reina eternamente

la franca, la pura luz natural; país de sol y de caminos amarillentos por donde pasan a esta hora las carretas de los labriegos bajo doradas nubes de polvo; ¡tierra de cigarras y de ríos trovadores y de cielo siempre azul!...” (Pág. 4).

De este modo comienza a narrar el viajero su visita a las tumbas de los poetas, al cementerio de Montmartre, precursor de estos jardines del recuerdo de nuestros días, que en hora buena habrán de substituir los tristes y medrosos camposantos de antaño:

“París, ciudad pagana por la alegría, por el amor desinteresado del arte, por la pasión de la belleza eterna y creadora, es también pagana por el culto de los muertos, por la veneración de las tumbas. Sus cementerios son blancas y asombrosas necrópolis donde parece ausente la Muerte, y uno atraviesa aquellas avenidas, llenas de sol, como si recorriera las galerías de un museo de escultura amarillentas y serenamente graves, enmudecidas al posar el Silencio el dedo sobre sus labios...”

“Naturalmente, las tumbas de los poetas han atraído más, en todos los tiempos, los pasos de los visitantes apasionados que aprendieron en sus obras inmortales a amar el ensueño, la parte divina de la vida. Y hay otras tumbas que encierran preciosos despojos de seres que si bien no pulieron estrofas, dejaron en su paso por la vida un inefable perfume de poesía que el tiempo concentra y depura como una esencia milagrosa. Y otras tumbas aún, que son como cofres misteriosos que guardan las hojas doradas de leyendas de amor, de dolor, de frenesí, de olvido...” (Pág. 20).

Este cuadro al carbón, pertenece a un apunte suyo sobre el cementerio de Montparnasse, el más solitario de París, al mediodía de la gran ciudad:

“Recorro después otra larga avenida, y muy lejos, en un ángulo del cementerio, contra la tapia, alcanzo a divisar una columna y en ella un genio tétrico y pensativo, el Tiempo, descansando la cabeza sobre ambas manos. Abajo del genio, y también sobre la columna, una enorme y fosca ave nocturna, el ave negra del mal, abre las alas membranosas y parece abrazar con ellas el cadáver yerto, envuelto en un sudario rígido, que se extiende al pie de la columna con este solo nombre: *Baudelaire*... Aquí, como en una estación dolorosa, me siento a meditar en la obra de aquel genio extraordinario, a quien bastó un libro para hacerse inmortal, ¡un libro seductor como el deleite, malo como el hombre y amargo y sonoro como el mar azul!... (Págs. 24-25).

Finalmente, este rápido escorzo en su visión inolvidable del *Père Lachaise*:

“El cementerio del *Père Lachaise*, o del Este, es el más célebre, el más vasto y el más hermoso de París; también es el más rico en monumentos y el más frecuentado del gran mundo. Dijérase al verlo blanquear sobre su colina legendaria, el Acrópolis de la gran ciudad latina... Al

bajar aquella, por la avenida central, cerca del *Monumento a los muertos* de Bartholomé, contemplo, bajo la sombra tranquila de un sauce, la tumba de Alfredo Musset, el poeta más amado de los franceses, el que más monumentos tiene en París. Alrededor del túmulo algunas estrofas del poeta, y al frente la conocida súplica a sus amigos:

*Mes chers amis,
quand je mourrais
plantez un saule
au cimetière...*

(Págs. 26-27).

Son sencillamente magistrales sus evocaciones de Blanco Fombona y de Anatole France, y sus recuerdos del Barrio Latino, de los artistas de París y de la tumba de Rufino J. Cuervo, recientemente fallecido por los días en que Hispano hizo su primer viaje a Europa.

El tránsito de la capital del mundo a la selva amazónica, es, en este libro, desconcertante. Pero también aquí triunfa el poeta en los relatos por el fabuloso ámbito del nuevo escenario, con solo soltar las riendas a la imaginación y dejar divagar el ensueño o su placer. Y si bien sobre el país de las Amazonas cita, con todas las exigencias de la técnica libresco, una aplastante bibliografía documental, el historiógrafo da paso al soñador, que comienza la narración de su nuevo escenario de esta manera:

“En el siglo XVI aún vivían los pueblos enamorados de lo maravilloso; lo sobrenatural poblaba todas las imaginaciones y el cristianismo hacía soñar a los hombres, mientras la miseria y las epidemias de los tiempos forzaban a refugiarse en deliciosas Tebaidas. La hechicería invadía todas las cosas, y la alucinación era general y se mezclaba al genio: a esto debemos las admirables conquistas del Renacimiento. Como la alquimia condujo a la ciencia de la materia, el sueño lanzó a los hombres a través de una especie de sonambulismo, a creer en mundos desconocidos, vagamente entrevistos desde Platón. ¡Qué bellas historias se contaban en aquellos tiempos al amor de la lumbre! Se emprendían viajes fantásticos, y el labriego amaba recordar en la soledad las viejas locuras de los cruzados: entre su buey y su asno el mundo aparecía a sus ojos como una lejana tierra prometida...

“Otras leyendas sustituyeron más tarde a las antiguas. Existía, en alguna parte, un país atravesado por un *mar blanco*, cuyas ondas arrastraban arena de oro y guijarros de diamantes; su capital, Manoa, era una gran metrópoli llena de palacios: los unos reposaban sobre formidables piedras incrustadas de plata, los techos de los otros estaban guardados de deslumbradoras hojas de oro, y en esos palacios resbalaban los pies sobre los metales más preciosos. Manoa era el depósito de todas las riquezas de la tierra, de todos los placeres del mundo, y en Manoa reinaba un hombre, cuyo cuerpo maravilloso estaba cubierto de chispas de oro, como el firmamento de estrellas. Aquel *mar blanco* era el Amazonas...” (Págs. 82-84).

Aquí también, el poeta eclipsa al investigador. Lo que en la cartera de apuntes de otros viajeros hubiese sido alarde de datos estadísticos y reflejo de las posibilidades industriales de la comarca, o de la factible cultura agropecuaria de la misma, en Cornelio Hispano son páginas de ensoñación y maravilla. El simple título de los capítulos que forman esta parte de su libro, así lo demuestra: El vellocino de oro; El dorado; Los exploradores; El tirano Aguirre; Las amazonas; La tristeza del Yaraví; Las campanas de Parintins...

Sobre estas últimas, que recuerdan similares leyendas de la brumosa Bretaña, escribe el viajero:

“De esos encantadores cuentos de los indios hablábamos una noche, ya muy avanzada, con un viejo *práctico* brasileño que conducía nuestra nave hacia el alto Amazonas, cuando, pasando delante del Jamundá, nos dijo:

—‘Escuchen ustedes las campanas de Parintins...’.

En efecto, el viento de la montaña que sacudía con furia las lonas del navío, traía clamores de campanas melancólicas, muy distantes, campanas de alguna aldea perdida en el fondo de las selvas. De pronto cesaban del todo, como llevados por los vientos a otras regiones, y luego dejábanse oír de nuevo, más sonoros, más cercanos, más claros, como llamando a los fieles a orar.

—¿De qué pueblo son estas campanas? Preguntamos todos.

—En estos parajes, respondió el práctico no hay más pueblo que Uru-curí, y aun está muy lejos. Las campanas que ustedes oyen suenan en la montaña, sin que nadie las toque.

—¿De suerte que se trata de otro cuento como el de la blanca Mani?

—Sin duda es cuento, pero no ficción, y si no, oigan ustedes:

Hace mucho tiempo hubo allí, en la margen derecha del río, sobre esa montaña, llamada Parintins, justamente delante de la boca del Jamundá, una misión de santos frailes portugueses que habían logrado, merced a su dulzura, atraer y catequizar a los bravos jamundás. Establecidos los padres sobre la montaña, y ayudados por la incesante y entusiasta labor de los indios, llegaron a convertir las colinas, contiguas al convento, en un jardín, y las márgenes del río en lozanas sementeras donde no faltaba nada de todo lo bueno que da la tierra virgen, de clima suave y bien cultivada.

Marchaba, pues, la misión y la labranza como en la placidez de un paraíso, cuando un día, sin motivo y de repente, los jamundás, ya bautizados, sumisos y trabajadores, se rebelaron contra sus paternos amos, los degollaron, saquearon el convento, derribaron la iglesia, prendieron fuego a las sementeras y al jardín, y huyeron a los montes. Mas, por una

fortuna inexplicable, en medio de aquellas ruinas y cenizas, quedó en pie, sobre la colina más alta, donde estaba el convento, el campanario de la iglesia, y desde aquel día, cuando soplan furiosos los vientos de la montaña, en el silencio de la noche, se oyen gemir las viejas campanas de Parintins, como increpando a los ingratos indios la crueldad de su corazón..." (Págs. 142-144).

Bastan los fragmentos transcritos para dar idea del estilo literario del autor y de las características de este hermoso libro, hoy rareza bibliográfica.

Los capítulos dedicados luego a la libre navegación del Amazonas y al litigio de límites de Colombia con el Perú, son una apreciable contribución a uno de los aspectos más interesantes del derecho público externo de América.

Aquellos episodios dantescos, de espeluznante crueldad, que un grupo de malhechores de la malhadada empresa explotadora cauchera de Julio Arana protagonizó en los primeros años del siglo en que vivimos, en las selvas colombianas del Putumayo y del Caquetá, cobra, en la última parte del libro de Hispano, siniestra y perenne actualidad. Allí se cuentan no solo los inauditos crímenes de que fueron víctimas millares de indios huitotos de esas comarcas, sino el proceso de su colonización y de la usurpación final de ella, a manos de los peruanos.

"El plan de los explotadores —dice Hispano— consistió en esclavizar las tribus de indios y con su trabajo, gratuito, extraer en unos pocos años las ingentes riquezas de los gomales. Los salvajes se resistieron a la dura imposición, y entonces, para reducirlos a la obediencia, se les sujetó a los más crueles tormentos y a la muerte misma, aplicada en veces a tribus enteras. Para consumir tan inhumana labor, fueron contratados como agentes individuos adecuados, de entre los que llegaban a aquellas regiones, por eludir las sanciones penales que les persiguieran y con el propósito de lucrar por cualquier medio. Cada uno de esos agentes fue revestido de autorizaciones que no alcanzara un procónsul romano. No hubo crimen que no les fuera permitido, ni inhumanidad que no se les justificara, siempre que el caucho llegara en abundancia a los depósitos. Los huesos de miles de indios blanquearon en montones en las márgenes de los ríos, como ofrendas de la codicia a las más bajas pasiones y a los más dañados instintos..."

Con anterioridad al libro de Hispano, y aparte de lo publicado en la prensa universal sobre el Paraíso del Diablo, como denominó algún publicista a la comarca teatro de las atrocidades de la casa Arana, otros investigadores colombianos se habían ocupado de este mismo tema, los doctores Vicente Olarte Camacho y Francisco José Urrutia, entre otros. Posteriormente a la aparición de este libro, otros, de idéntico asunto, han visto la luz, v. gr. *La guarida de los asesinos*, del escritor nariñense Ricardo Gómez A., que es una narración espeluznante de aquellos horrores que fueron verdadero insulto a la civilización y a todo sentimiento cristiano o simplemente humano.

Síntesis de aquel capítulo de barbarie, a que este libro se refiere, es el informe de sir Roger Casement, publicado en el *Libro azul*, de Inglaterra, en donde un juez tan imparcial como aquel, señala a los culpables, que son: "Los peruanos, empleados en la compañía, quienes han hecho saltar los sesos a los niños, han flagelado mujeres indefensas hasta causarles la muerte; han tomado a los infelices indios y por divertirse los han puesto de blanco para ejercitarse en el tiro de sus revólveres y escopetas. Más de un 50% de la población lleva las huellas profundas y las cicatrices dejadas por bárbaras flagelaciones, y en dos años han perecido 30.000 personas sacrificadas por esos verdugos sin entrañas..." (Pág. 290).

Libro de belleza es este ya raro ejemplar de Cornelio Hispano, y, desde luego, también un libro de verdad, de justicia y de patriotismo.